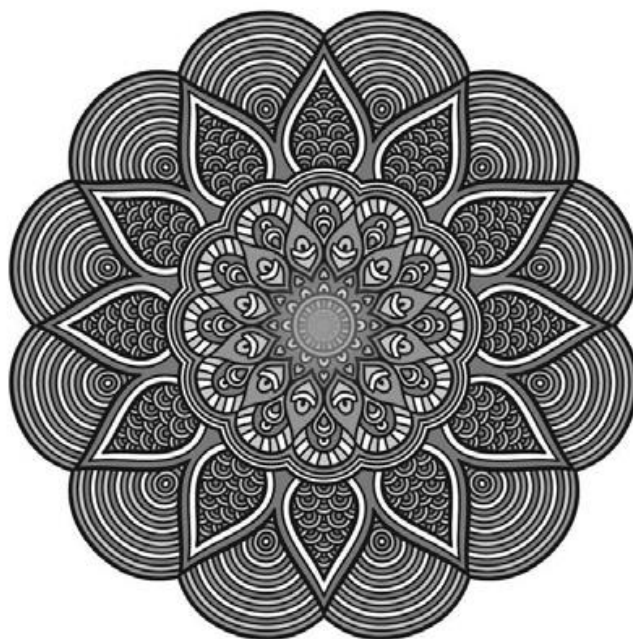


Francisco Ramírez Viu



reclinar la cabeza en una ola

(apuntes sobre un sentir poético)

Reclinar la cabeza en una ola

I	3
Contemplar	4
Crecer	11
No saber	19
Lo que se abre	25
II	36

I

Contemplan

Poco antes de escribir estas líneas una amiga me recordaba lo importante que resulta para ella detenerse cuando pasea por el campo, sentarse un buen rato en la hierba o en alguna piedra, ya que es entonces cuando ocurre lo asombroso. ¿Y qué es para ella lo asombroso? Sentir como nunca antes el entorno natural donde nació y pasó buena parte de su juventud. Maravillarse ante una flor, sin poder concretar qué es aquello que la asombra. Olvidar el cansancio de su mente, el nerviosismo que parece haberse erigido como un estado natural; sentarse en la hierba y callar. Muchas veces el corazón solo baja un poco su ritmo y aun así entran ganas de llorar de emoción. Pero en otras ocasiones aparecen las ventanas: segmentos del espacio contemplado donde se acentúa la quietud.

Ambos percibimos que el asombro expresa una forma de la atención, reducida el ansia, abiertos los sentidos; desapegados de la búsqueda. Porque no se trata de buscar nada sino de sentir el alma del paisaje. Un hecho que suele darse por sí mismo cuando la mente disfruta de un cierto nivel de sosiego. Se establece así otra unión con la realidad: los ojos advierten de pronto lo que estaban mirando sin ver. La luz penetra, descende hasta un cierto fondo. Los sonidos no llegan apelmazados sino definidos y cadenciosos, ninguno de ellos es ruido. Es una atención renovada y en su recomenzar también lo hace el mundo. En este ahora podría encenderse una sensación, algo podría dejarse intuir; en la luz que roza la colina, en el ritmo seco del pájaro carpintero. Cualquier cosa que surgiese de la sombra donde se oculta, como si la realidad comenzara a transparentarse. Podría entonces nacer la palabra.

O no. Y la atención seguirá entonces discurriendo sin palabras. Los dedos rozarán una rama, delinearán quizás sus surcos. El respirar acompasado, tal vez nada de lo que se vea despierte asombro. El viento moverá las hierbas, el paso de las nubes irá variando la fisonomía del cielo. Una lluvia invisible caerá sin mojar nada. Lloverá luz y calor, sombra y noche; alborozo de moscas, aleteo de mariposa. Todo lo igualará

esa lluvia: la flor del cardo, la calma y el viento. Como un riachuelo fluirá un lenguaje donde nadie dirá nada. Las ranas saltarán a la charca si sienten a alguien.

Hay una forma de mirar que consiste en «educar el ojo para una profunda y contemplativa atención, para una mirada larga y pausada», expone Byung Chul Han en *La sociedad del cansancio*. Sostener la mirada, contemplar: en la tradición taoísta es la manera de percibir el “chi” de las cosas. "Solo aproximándonos con humildad a la cosa es que ella no escapa totalmente" decía a su vez Clarice Lispector en *Para no olvidar*. Me pregunto si lo que se percibe no es algo así como una vibración, un temblor tan leve que se requiere silencio para sentirlo, tan vigoroso que abre la mente. Y cuando la mente se abre, con ella se abre un mundo.

Abrir los ojos a la realidad como si fuese la primera vez, conservando aquel asombro infantil, pero en una consciencia que necesita desbastarse. No es una mera cuestión de voluntad sino una actitud con la que nos acercamos a las cosas, al mundo. Es frecuente que surja el asombro cuando este acercamiento se da en quietud, sin ansia, permitiendo a los sentidos que se desplieguen hacia fuera y hacia dentro. En esta pausa se va acallando el bullicio de la mente, se anda "a orillas del gran silencio" en palabras de Antonio Machado.

Cada vez advierto más claramente la importancia de volver los sentidos hacia lo que ya creía conocer: una persona, un entorno, uno mismo; de hacerlo a través de una mirada larga y pausada. Este posar nuevamente la mirada, este reposar, es un ejercicio comprometido y paciente donde tanto el mirar como lo contemplado tienden a aquietarse. No se trata de una apertura pasiva, lánguida, sino del abrirse de un sentir que, deteniéndose, es capaz de conectar hondamente con su entorno. Así, la palabra que surge de esta contemplación puede recibir su hondura. Es una actividad que amplía y transforma mi horizonte, por eso he querido compartir su aprendizaje en el ámbito de la escritura. Lo he venido haciendo durante años, con adultos pero también con grupos de escolares.

Es reconfortante descubrir que a una edad temprana son -somos- plenamente capaces de abrir los ojos desde una cierta quietud. En estas jornadas, llamadas

“aprender a mirar”, nos adentramos en entornos naturales ya que allí los sentidos se despliegan en calma, sin urgencia; así van aprendiendo a expresar lo que sienten ante el mundo que se ofrece a su vista, a su oído, a su tacto; descubren la estrecha relación entre fuera y dentro. En una playa, en una pequeña arboleda o simplemente en un parque cercano al colegio, el mero hecho de salir de su recinto habitual (remedo de la rutina de la mente) a un espacio que se ofrece y sentir pausadamente un paisaje les estimula, nunca han estado así antes. Las sensaciones surgen de manera espontánea pero más honda. Toman notas de campo que luego reescriben con la intención de reflejar lo que han sentido. Es entonces cuando va madurando la voz propia de cada texto, de cada persona. Este acercamiento a la realidad con los sentidos despiertos y sosegados les hace sentirse libres, les ayuda a conectar fácilmente con la frescura interior que atesoran. Con ocho y nueve años escriben así sus impresiones:

“Me siento libre al estar en un sitio de aire fresco, donde cada día se pueden explorar diferentes cosas. El viento nos hace tener mayor inspiración en las cosas, y a la vez nos da frío y calor. Siento que me refresca la memoria y entra dentro de ella. Al ver el cielo azul, al escuchar el viento, me siento libre, porque me hace pensar que soy capaz de hacer todo y a la vez se me quitan las imágenes malas de mi pensamiento”.

“Esta experiencia me ha parecido muy interesante y por fin he entendido el no inventar cosas y escribir la realidad que tenemos. Me han gustado los lugares que he visitado porque eran lugares donde te podías relajar y hacer escritos muy sencillos. He tenido mucha suerte de haber comprendido la escritura. No es solo ver y crear, sino ver y comprender lo que estás viendo. Esa es la magia de la escritura”.

“Siento curiosidad por lo que hay detrás del mar. ¿Por qué será, por el viento? No sé, pero siento algo al fondo de mi corazón. Podría ser la arena o las piedras, no lo sé, pero me gusta. Es algo que me gusta. Lo siento, lo veo, las olas traen la espuma”.

Nuestro modo convencional de pensar solo alcanza a juzgar la contemplación como un objeto más, no puede vivirla. No sabe mirar en silencio, huye continuamente de él aunque no se percate. Sin embargo, cualquier ser humano es capaz de contemplar, de encontrar un espacio de quietud donde su ruido interno pueda ser traspasado por un mirar silencioso. A veces cuesta detenerse y reconducir la inercia que nos lleva, pero en ocasiones basta cerrar los ojos y atender al respirar para percibir un espacio oscuro y luminoso que no se sabe si viene o se está yendo. O si es centro de una espiral, de un vuelo, de un eco. Un sentir imposible de atrapar, una consciencia que no se recluye en un mundo psicológico. Obedece a una ley tan vasta que no tiene horizonte. Libertad que se da sin pertenecer a nadie y nada extraordinario la acompaña, tal vez por eso suele pasar tan desapercibida. Y aun así también ella puede mirarse larga y pausadamente.

En *Confesión poética* explicaba Carlos Sahagún cómo el proceso poético (al menos en su caso, aunque creo que muchas personas lo expresaríamos de forma similar) suele iniciarse “bajo una cierta disposición interior de carácter emocional y con la aparición de una serie de vagas visiones engendradas por esa emoción y el hallazgo de un esquema rítmico todavía difuminado”. En presencia o en ausencia de algo, acompañado de una vaga visión o de una pequeña sensación como decía Paul Cézanne. En cualquier caso, en este vislumbre emotivo se vive una sensación de tiempo suspendido donde poder mirar, tocar, sentir; decir algo de la realidad que se ofrece “cuando llega sin ser notado el instante en que se cumple el sincronizar de la vida con el ser; de la vida propia en su aislamiento con la vida toda. Y el tiempo no se suspende entonces -aclara María Zambrano-, se manifiesta en su esplendor”.

Qué profundo respeto
entre la luz y la piedra,
qué unión tan misteriosa.
Nada hace la piedra,
la luz llega sin confusión alguna.
Amor único, primordial,
donde el tiempo no cuenta
y el espacio no es distancia.
Libertad que no reclama,
amor sin intención alguna.
Graznan los cuervos,
también ellos saben
que aquí nada miente.

Creceer

Si es verdad, a grandes rasgos, que un poema comienza de forma inconsciente e involuntaria, luego necesita cobijo y dedicación. De lo contrario no encontrará cauce, se desbordará esa visión apenas incoada o se diluirá con la emoción. Bashō, uno de los principales maestros de haikus, aconsejaba hacer anotaciones al contemplar precisamente para no perder esas imágenes tal como llegan en la inspiración. Son notas de campo que irán cobrando forma más tarde, paulatinamente, durante el tiempo que requieran: a veces prácticamente nada, otras meses o años.

Cualquiera que sea el texto que esté creciendo se hará necesario aprender a desmochar, a seleccionar los materiales que surgen (ideas, emociones, imágenes) buscando a la par su unidad y su riqueza de matices. Habrá que aprender también a sostener la atención hasta olvidarnos de ella, hasta que pueda mantenerse presente de manera inadvertida. En esta entrega se va desvelando el verdadero relieve del texto, la orografía de su paisaje y la vida que lo llena. Una entrega en la cual se siente a la palabra no como un objeto sino como algo vivo. Se la descubre así en una mirada larga y pausada, como la del amor. Esta parte del proceso artístico, que podría llamarse reescritura pero que no es otra cosa que la propia escritura, se centra en acompañar a un crecimiento. Con los desvelos, alegrías y frustraciones que conlleva. Por honda que haya sido la visión o por muy intensos que resulten los sentimientos que se intentan transcribir, si no encuentran cobijo se perderá la simiente, no resonará la vibración para nadie más.

Roce incesante
donde la piedra
se va deshaciendo en arena
y el agua en espuma,
orilla, tierra visionaria
donde el ser se pule,
se trasmuta,
respira.

Acompañar a este crecimiento pide una lectura particularmente silenciosa. Solo así es posible apreciar el ritmo de un párrafo, la textura de un adjetivo, el tono de una voz; no como elementos aislados sino formando un todo, porque un texto respira como un cuerpo orgánico. Son aspectos que se relacionan entre sí según algunas reglas que pueden aprenderse y según otras (muchas más, infinitas) que van apareciendo conforme se afinan los sentidos. Por sesudas o ingeniosas que sean las claves prácticas o conceptuales que se ofrezcan, si no hay descubrimiento propio no será posible entender esta íntima relación entre palabra y silencio.

Sin duda conviene conocer diferentes formas de expresión, leer a otras personas, no desdeñar el pasado. Pero no con el ánimo de alcanzar erudición sino para ensanchar la libertad que propone la escritura. Prácticamente se trata de aprender a leer de nuevo, lo propio y lo ajeno, dedicando tiempo a cada verso, a cada frase; sin abandonar una palabra hasta haber sentido cómo late, cómo suena, si necesita más amplitud o una claridad distinta. Leer atentamente, a veces en voz alta, siguiendo las pausas que marcan los signos de puntuación hasta advertir la cadencia de las frases, su música; deteniéndonos si no fluye, si algo nos hace tropezar. Entonces habrá que escuchar con más delicadeza, porque un tropiezo en una lectura atenta puede ser el mejor modo de descubrir dónde y por qué se ahoga un texto.

Dedicar tiempo no es sinónimo de explayarse, de escribir sin tregua, sino más bien de lo contrario: de intentar no dispersarse. Ahondar es incompatible con la verborrea, con ir añadiendo elementos emotivos y visuales conforme crece el ansia. Esta actividad superficial solo prolonga lo que ya existe y desemboca fácilmente en el tópico. Refleja, creo, una actitud perezosa que evidencia cuán más a mano está dispersarse que concentrarse.

Pasar de la dispersión a la concentración no suele ser un hecho inmediato, por eso conviene trabajar con continuidad para que dicho proceso no exija un renovado esfuerzo. Así, además, se hace más fácil descubrir la unidad del tema o del objetivo, algo esencial a la hora de escribir. La contemplación pausada de una única cosa dirá incomparablemente más que una mirada desatenta sobre varias. Cuando se acompaña al crecimiento de un texto suele suceder eso tan comentado de que las ideas aparecen en los lugares o momentos más impredecibles: fregando, conduciendo, volviendo de la compra, descansando en el sillón; también escribiendo sentados a la mesa, indudablemente. Los hallazgos más certeros y sorprendentes suelen surgir de este modo, sosteniendo una emoción, una imagen; sin que aprisione pero cultivándola en algún campo, no mediante incursiones furtivas y momentáneas. Así, la metáfora de unos versos o la idea de un párrafo ya estará dentro de la persona que escribe y ella dentro del texto. “Antes de pintar un bambú, has de dejarlo crecer dentro de ti”, aconsejaba el pintor chino Su Dongpo.

Lo que está creciendo no solo requiere agua o calor, también necesita reposo. Dejar crecer en silencio al texto significa permitir la distancia, la suficiente para regresar a él con la mirada renovada. Madurar conlleva descubrir esta necesidad y respetarla. Esta relación con la palabra, con la vida que late en el texto, va mostrando su contenida ilimitación y ofrece la posibilidad de ver. Una realidad se va desvelando en este proceso y tantas veces resulta asombroso eso que se ve, tan diferente de lo que creíamos estar viendo. Muchas personas tenemos experiencia de este hecho y creo que

es lo que quería expresar María Zambrano cuando afirmaba que la verdad se le muestra a quien escribe mientras escribe.

Ir encontrando la unidad en la confusión, sin perder variedad ni riqueza. Ayuda que el sonido de una palabra guarde sintonía con la emoción que alberga, que el tono de un párrafo o de una frase armonice con su entorno, o que la unión entre un sustantivo y un adjetivo enriquezca a ambos. Esta adecuación entre lo que hemos sentido y lo que conseguimos expresar es un proceso personal que, además, difiere en cada texto. En ocasiones se trata de sustituir una palabra o de probar una imagen. Otras consiste en adentrarse en una metáfora, en descubrir un sentido; en variar el orden de las frases o su estructura interna, en mover palabras hasta que encuentran su lugar. Con frecuencia habrá que eliminar frases o versos a los que nos hemos apegado pero que no deberían estar allí o no deberían sonar así.

¿Pero no son estas acciones -descubrir un sentido, adentrarse por algún camino, cambiar para encontrar un lugar más apropiado, desapegarse de ciertos hábitos- y otras similares las que van definiendo una vida? La palabra no es mero lenguaje. No solo no es reducible a él sino que lo cuestiona, sobre todo sus actitudes más alienantes. Por eso no huye del silencio, porque allí reconoce su ignorancia y puede surgir renovada. La palabra así sentida es la propia vida transformándose, dándose forma. Es posible que en ocasiones sea la palabra una de las formas más arriesgadas de la vida: dependerá de la hondura y del compromiso del sentir.

Reescribir requiere reposo para apreciar el equilibrio entre el contenido y la forma. Lo que habitualmente sobra es el yo, el yo vanidoso que busca protagonismo sin respetar a la palabra; cuando quiere lucirse en un adverbio, forzar una emoción o un pensamiento; el que hace ruido, como quien arrastra un mueble sin delicadeza. Hay que dejar de escucharse para escuchar a la palabra en el texto. María Zambrano, comentando la función mediadora de quien escribe, advierte del “riesgo de interponerse, ocultando en vez de mostrar, es decir, de entusiasmarse consigo mismo”. Es decisivo que ese yo no invada lo que está creciendo para que solo quede lo que está creciendo. Tratar así a la palabra también ubica por dentro a quien escribe. No se trata de reescribir desde fuera, desde un seco desapego, sino desde dentro de una relación, con amor. No es tan sencillo, ni obvio, probablemente no estamos hablando solo de escritura. Pero también es escritura.

No saber

A veces la palabra se adentra en el silencio. Mirando el paso de las nubes o la hierba meciéndose; enmudecida ante algo que la acoge y no sabe nombrar. La luz toca sus ojos como si la despertase. Más allá del paisaje se abre el mismo paisaje sin lindes, inconcebible. Nada hace ruido. En paz se disuelven las construcciones que ella misma ha levantado. Una lábil realidad la llena, un ritmo sutil como la espera de algo que llega a olvidarse. Así contempla el entorno, olvidándose de sí misma.

En la tarde clara, esto tan hondo y tan oscuro es la palabra vaciándose, palpando su propia ignorancia. Tan cerca de la luz y del viento, fluyendo en un ahora tan denso que la arrastra. Nada donde poder agarrarse, nada que la obligue a intentarlo, a juzgar este puro silencio. La palabra se va haciendo escucha, incomprensible escucha de lo que no está fuera ni está dentro; de lo que no se exhibe ni se afana; de lo que surge ajeno al poder y a la violencia. Es una alegría que libera o un extraño dolor sin ansia donde asoman las lágrimas. Algo que transcurre en otra parte, aquí mismo, en la tarde clara.

Cuando se retira la mano que empuja y ase las cosas, una grieta se abre. Por ella mana una mínima corriente, como aliento de lo ignorado, de lo que solo en silencio se hace presente. La palabra escucha a la par que se despoja de sí misma, de sus voces caducas. Nada alza la voz, tan solo los labios entreabiertos de la grieta musitan su fluir en la piedra, traspasando los cuerpos, la historia, todo lo que existe; llenándolo con su vacío. Un vacío pleno de posibilidad. Nada puede cegar el silencio que mana de la grieta, ni siquiera la coartada del ruido y su voraz somnolencia, porque los huecos surgen por todas partes -en el hablar, en el sentir, en el pensar- trayendo ecos del abismo, transformando a su antojo la realidad; mostrando lo frágil de cualquier sentir. Por eso la palabra vuelve sus ojos al árbol, a la piedra, a lo que no es antiguo sino vivo antes y después de ella, al silencio donde madura el fruto de la higuera y el de la sombra. Al inicio del respeto. En esa sombra se echa como sobre un nido infinito.

Ningún atisbo se enreda en el cuerpo de la aulaga. Sin el esfuerzo de pensar descansan las laderas. Ninguna palabra vana donde el sol quema y la nube ensombrece. No hay secretos enterrados bajo las piedras. La palabra danza en completo silencio. En su ronda callada, donde nada se dice, se expresa una intimidad.

El viento llega solo y solo se va. La luz pastorea una soledad de nadie. Sentada en el olvido la piedra, abierto el albergue de su desnudez. El vuelo afanoso del cuervo suena como un pasado que se aleja. Nada almacena el cauce seco, ni luz ni sombra, todo cabe en su hueco y todo pasa. Pero recoge a la mirada que cae como ceniza del incendio de las máscaras. Dulce sequedad el roce de su nada, seca dulzura del despertar.

Ninguna palabra surge cuando se siente más desnudo el misterio de existir. Ambas experiencias, asombro y silencio, pueden aflorar entrelazadas. La razón especulativa no cabe en este no saber primordial, que conmueve pero que también puede venir acompañado de una profunda e inaudita aceptación. Motivos e intenciones son nieve deshecha, desde algún dentro emanan nubes, de algún fuera una luz frugal baña el sentir: un trasvase callado, sin hollar; tierra intacta. Los labios están diciendo lo indecible.

¿Una palabra más allá de significados? Tal vez. Cuando ella misma se desviste, cuando los significados caen como hojas secas y una corriente se las lleva. Una mirada prende en el pábilo de una vela recién soplada, después del humo y del aroma. No se ve nada y sin embargo su noche como luna nueva da reposo a lo que crece. Conmueve este no saber, pero también asienta. Como si en esa escucha se encontrase la manera de habitar con amor el universo. Lo más sutil de la palabra encarna lo más sutil de quien contempla, “como el humo que un sueño deposita debajo de la almohada” escribe Olga Orozco. Por eso esta ignorancia tampoco podría darse en una relación de posesión. Se escucha algo tras ella, se roza lo que no puede expresarse, trae consigo su aliento. Late a la sombra de la palabra, respira en la comisura de sus labios. El desconcierto y la aceptación pueden vivir juntos, entrañados como el haz y el envés en una hoja. Y la actitud que así los acoge, sin desprenderse del silencio, suena como música, como brisa que viene de algún lugar. Temblor de la vida que no puede escapar de sí misma, de su tallo, de su velo.

Lo que se abre

La mirada contempladora no se sostiene en una atención fragmentada ni está inmersa en la tensión de la lucha. Se siente libre y acogida allí donde la palabra convive con el silencio. Hallar surge de un modo tan natural como inconfundible, podría asemejarse a entrar en el claro de un bosque, como sugería Zambrano: un centro en el que no siempre es posible entrar, donde sentir y pensar se identifican sin anularse ni perderse uno en el otro. Lo primero que parece ensancharse es la confianza, poder reclinar la cabeza en una ola. Se hace íntima la intemperie, lo lábil se contiene en el tallo que cimbreo, en la fuerza de la flor que se abre.

En palabras de Heidegger “el claro de un bosque es la apertura a todo lo que está presente y ausente”. Y aunque no lo abarque “todo” sigue siendo una percepción inusualmente liberada, una apertura real y singular donde lo presente, que se percibe de manera absoluta, convive con lo ausente, con lo sutil que comparece; quizás como señales antes inadvertidas. Lo que llega lo hace sin violencia, sin necesidad de expandirse, tan perenne y natural que no podría forzarse. Percepción que se da en silencio y que en ocasiones también se expresa como canto. Canto, antes que nada, del respirar. Solo a veces lo que se abre se posa en su expresión, como un pájaro en una piedra. Cuando no se posa, la desnuda piedra es el pájaro volando. Nada se fragmenta reclamando una justificación, no hay nadie que juzgue, inmerso en el puro percibir. Algo desapercibido en el estado de atención habitual, donde nos hemos acostumbrado a lo visible con indiferencia, introduciéndolo en nuestro juicio hasta que el propio juicio se hace lo único visible. Y cuando eso ocurre no hay posibilidad de asombro.

Se refería también el filósofo alemán a “entrar en la proximidad de la distancia”. El horizonte se hace umbral, lo concreto y lo inabarcable, lo posible y lo imposible se funden. Nada hay enfrente, lo que se abre lo hace por sí mismo abarcando el sentir, en una libertad sin esfuerzo. Como experiencia creadora es conocida por cualquier persona que escribe, quizás con mayor intensidad en el entorno de lo poético, en su

temblor. Algo que también resultaría decisivo, me parece, en nuestra relación con el mundo.

Lo que se abre lo hace, efectivamente, por sí mismo, en la vida propia de la consciencia modificando la mirada, creando una nueva forma de ver. Esta apertura conlleva una transformación personal: pausa en las acciones, aprendizaje de la escucha, humildad ante el misterio de existir, una efectiva disolución del ansia; sobre todo del ansia consentida. Creo que una experiencia vital honda encuentra en algún momento, como fondo, un silencio. Allí, sin la vehemencia del juicio, sin su ruido, se da la posibilidad de una escucha atenta entre pensar y sentir. Varía la visión del conocimiento y por ende la del tópico del progreso. Sin quietud cualquier progreso que se conciba residirá en el ansia y su consiguiente violencia. Incluso el lenguaje asociado a dicho progreso no podrá discernir sin codiciar. Es normal, por tanto, que en una sociedad que huye del silencio la quietud resulte una vivencia ignorada o recluida. Condenándola al recinto de lo poético o de lo místico me temo que también condenamos la ventana que daría luz y aire a nuestro progreso, a nuestro renacer.

“Debiera ser posible para el espíritu humano expresar el espíritu del universo por medio del trabajo a pincel sin muchas dificultades” afirma el pintor Shen Tsung-ch’ien. Lo dice en un libro sobre el arte de la pintura, aunque su significado rebasa el marco de la técnica pictórica. Más allá del contexto cultural donde emana y de que también se trate de una manera de vivir el arte, aquí la pincelada es un vínculo con el misterio de ser. El universo no se reduce a un objeto del conocimiento, a algo que simplemente cabe dentro de un juicio medidor.

¿Quién conoce detalladamente la relación entre dentro y fuera? ¿No guardan una estrecha relación el mundo que veo fuera y el que vivo dentro? ¿No soy eso que veo y, sobre todo, como lo veo?, ¿no me estoy mirando a la vez por dentro cuando miro fuera? Y si eso es así de algún modo, ¿no habrá otra mirada que aún vaya más lejos y ni siquiera se exprese en términos de fuera y dentro? Porque al atardecer la luz encuentra el hueco de la roca y el relieve del mundo se transforma. Lo claro y lo oscuro se tienden, se entrelazan como la espuma y la quilla de una barca. Surca el aire el alma de las cosas. Y no es solo una metáfora la verdad de este sentir. Reducirlo a una figura literaria sería reducir también a un concepto el sentido y la posibilidad del universo. No es solo una metáfora porque eso que ocurre aparentemente fuera me traspasa, me remueve y me transforma. Contemplar no es una renuncia a pensar sino que lo libera de su rigidez. Permite llegar de otra forma a la frontera, sentir la confusión del agua en la cascada donde esa rigidez se deslía. En este fluir confluyen lo sistemático y lo no sistemático, lo que se desvela ofrece la posibilidad de una transformación. “Si el pensar no barre la casa por dentro, no es pensar”, decía Zambrano.

Algunos atardeceres una consciencia sin nombre se posa en el campo, un campo sin sembrar o de alguna desconocida semilla. En lo oscuro palpita la semilla, el sol la calienta dentro de la tierra antes de tocarla, brota cuando la tierra abre los ojos. Y los pájaros cantan tan enramados en la sombra que es el propio universo quien canta. Así puede compartirse esta libertad, el fluir de la pincelada intangible, apenas notada, que

viste de luz a la consciencia. La semilla es el fruto, el fruto la semilla; dibujadas en el mismo trazo, onda única que no cesa. Si ahora quisiera dibujarla lo haría con lápiz, líneas curvas, casi paralelas, rozándose sin tropezar unas con otras, sosteniendo todo en un canto tan fractal y tan simple.

No es lugar para la duermevela: hay desconcierto, un andar perdidos en este misterio tan vasto -mente o universo-, oscuro y luminoso, prácticamente desconocido donde conviven creación y destrucción. Pero en el contemplar, esta confusión trae paz. Y en ocasiones surge la palabra. Es un júbilo cuando se roza algo verídico, cuando se da una armónica correspondencia entre lo universal y lo personal. Es el universo presente en un solo trazo por la energía que lo modula y la concentración que lo encauza. Quizás porque la mente vive más allá de lo individual, de la percepción que de ella tiene el individuo; una flor abriéndose o abierta ya de un modo indescifrable, y sea ella quien mire trayendo algo del fragor y del movimiento de esta apertura. Tal vez por eso decía Shen Tsung-ch'ien que el espíritu humano puede expresar el espíritu del universo.

En lo impenetrable del verde se apacigua el deseo. Sin un horizonte que avive lo temporal la pausa va cubriendo todo. Un mirlo canta, otro contesta desde su rama hilando un tono que el sentir respeta profundamente. El incienso de la hierba convoca, otro entorno se insinúa, uno que ya no delimitan los sentidos. Lo que se ve es la entrada a uno mismo, la sombra donde cae; su propia sombra acogida. En este impenetrable y oscuro silencio las palabras se confunden y se acallan. Viene a la memoria un verso de Juarroz, “ser no es comprender”, unido simplemente al rumor de un arroyo, al agua que pasa sin identidad pero unitaria. En lo impenetrable solo el silencio abre camino.

Contemplar en el paisaje, sostener así la mirada facilita que el sentir se abra y se despliegue como un canto. Entre otras razones por la belleza que acaricia los sentidos y por la honda percepción de una soledad que difícilmente muestra su sosiego en otros contextos. Así puede nacer el respeto, que no surge de la voluntad sino que la incorpora. En esta libertad que se expande, confiada y segura, se da la maravilla del descubrir: una senda inexplorada, un rincón desconocido; ningún descubrimiento es pequeño. Además, los sonidos -el crujir de las ramas, el ulular del viento, los balidos ocasionales, el rumor del mar, los ladridos de algún perro en la lejanía- no llegan como ruido. No impiden el abrirse de ese sentir, si conseguimos menguar el único ruido que existe entonces en el entorno: el bullicio de la mente.

Lo que transforma el contemplar es el tono de la atención, un modo de vibrar o de adherirse a una vibración que allí se percibe. Surge una correspondencia sutil, incluso contundente, entre el propio respirar y el aliento del bosque. O entre la orilla del mar y el corazón. También el corazón es una orilla, un oleaje de voces susurrantes o nerviosas, un rumor nómada. A veces las olas retumban, impresiona su rugido sordo. Crepita la espuma, ruedan los guijarros, su eco queda enredado en el aire. Otras dejan su peso en ondas suaves y lánguidas. Pero todas acaban en esta orilla, deshaciéndose en incesante palpitar.

Reducir el ruido interno permite escuchar y acercarse con otra actitud a la existencia, apreciar esta correspondencia que surge no tanto como un espejo sino como un mismo hogar. Mengua el yo -la presencia del sujeto- igual que una marea vaciando deja a la vista un espacio que antes no existía en la mente; un perfume de otra hondura, una inusitada desnudez. En ella decae la rigidez que oprime a lo racional, su desconfiada arrogancia. Lo que se diluye es el sujeto aislado, discriminador, no el ser que allí se expresa y se abre. Al contrario, quien contempla siente sus pulsiones, su soledad, su alegría, aunque no solo en su interior sino vibrando en las hojas, cayendo en la lluvia. Lo exterior se vuelve imagen del mundo interior, o

más bien podría decirse que ambos se corresponden. Lo hacen en una variedad que ensancha a quien contempla.

Ni son solo cinco los sentidos ni forman compartimentos estancos. No podrían ser estancos ya que resulta perfectamente posible escuchar un árbol, respirar la calma de una tarde, impregnarse de sombras, acariciar una luz o dejarse acariciar por ella. Probablemente lo que ocurre es que no estamos acostumbrados a percibir así o hemos olvidado esta posibilidad. Por eso es habitual vivir como si escuchar no estuviese estrechamente unido a mirar, como si la mirada no tuviese nada que ver con lo que se oye. Y el ruido -la voraz desatención, el ansia de consumir, la forma mayoritaria de comunicación- ciega, impide la apertura de un sentir unitario. Es en quietud cuando puede reconocerse dicho sentir, como si se contemplara a sí mismo. Lo que se ve es la amplitud y la hondura del mundo que somos por dentro y por fuera. No parece constituir algo estático, perfectamente delimitado, sino que tiende a la transformación. Como un viento, puede cambiar la geografía de cualquier mundo. Como un pausado respirar da armonía a ese mundo.

Cuando la mente se abre, se abre un mundo. Luz y sombra volverán a llenarlo, pero no del mismo modo que antes. La consciencia se habrá desplazado como lo hace un planeta en una órbita. La realidad podrá latir en una forma desconocida o tal vez sin forma alguna. Incluso lo inconcebible hallará albergue en quien contempla, aunque no pueda comprenderlo. Y quien contempla podrá hallar albergue en lo inconcebible, en un nido vacío que da calor.

Nos volvemos sordos
por desoír a la piedra.
Cubrimos nuestra inmensa ignorancia
con un orgullo igual de inmenso.
Exiliamos a la pausa,
luego la añoramos
cuando ya no puede regresar.
Reclamamos un mundo en paz
sin respiro.

El bosque, como el texto, es un espacio para el conocimiento y a la par un vacío. Un modo de conocer que requiere vacío para no darse saciado de conceptos y palabras. Allí “la claridad del silencio es orden de los sentidos”, susurra un hermoso verso de Sara Pujol. Andar se torna más lento y un silencio nace entre paso y paso. Un paso se apoya en otro, prestándose atención. Uno no avanza hasta que el otro ha encontrado su asiento, esperándose si alguno desfallece o reposa al borde del sendero.

Quien anda de esta manera no tropieza en su ansia, advierte la unidad del entorno aunque lo recorran múltiples sendas. Una rama tendida, las hojas brillando en la luz de la tarde. Sentir la libertad latiendo en los árboles, posada en sus sombras, implica respetarla. Es el respeto quien abre el camino de una forma diferente. Contemplar y escribir se diferencian y se identifican. Quien se aproxima con languidez no encontrará armonía, si lo hace altivamente tropezará en lo burdo y no se dará cuenta. En buena medida lo que allí ocurre es correlato de lo que sucede en el interior de quien camina, en el texto como en el bosque, el retrato de su espíritu.

Asimismo, los vacíos que se generan durante la lectura de un texto por el impacto de una idea o de alguna imagen ofrecen la posibilidad de detenerse, de interrumpir el tiempo sucesivo, acelerado, donde todo se consume. Vivir en el silencio de una pausa permite retomar contacto con el misterio de ser, exponerse al desamparo de su belleza, al abrigo de lo indecible. En ese hueco cálido asciende la energía de la tierra a través del cuerpo, como si tuviese raíces invisibles. Lo que allí pervive es serenidad enraizada, no solo un bienestar físico, sino un humilde y estremecido habitar la vastedad del universo.

Y cuando se camina sin rumbo, dejándose llevar por las sendas que aparecen y desaparecen tras la maleza, a veces se llega al corazón del bosque. La luz se deshace entre tantos árboles, se rompe en infinitos tonos formando una suave penumbra, luz de una intimidad. Vibra el corazón del texto, no en una oscuridad aislada sino en la sombra de todo, con su peso exacto e indescifrable. Su oscuro palpitar puede

escucharse bajo cada brote, debajo de cada impulso. “En la sombra, lleno de luz” dice el verso de Miguel Hernández.

II

La breve lluvia del mediodía ha oscurecido la tierra y levantado el perfume del tomillo. Sobre el camino cae ahora una luz tenue que invita al sosiego, a no enturbiar su calma. Ando unos minutos más antes de sentarme en una roca ligeramente humedecida, entre el rumor de la mente y el silencio del campo. Dejo que mi atención vague por cañadas y montes, que recorra sus perfiles, que vaya y venga hasta que encuentre lugar donde posarse. Mientras, procuro respirar con pausa.

Durante un rato largo el paisaje sigue siendo eso, algo que miro y que me gusta. La atención se fija en un color, en alguna sombra, mira de frente al horizonte quizás presintiendo algo. Pero lo hace sin fijeza, aún anda desunida, de alguna manera todo le resulta esquivo. Busca, y sé que así no encontrará. Por eso sigo respirando en calma, hasta que pueda asentarse en un tono donde no tenga ya que buscar.

Es en algún momento cuando los árboles asoman con más fuerza que los pensamientos, afloran las rocas, se muestran las nubes. Algo en mí se alegra. Canta un pájaro, cruje una rama. Los sonidos del campo se van haciendo sonidos de la mente. Suenan los colores, suaves, sin velar el tono de la tarde. Qué leve es este susurro, esta manera de existir. Bajo cada sonido, sosteniéndolo, ya hay silencio. La luz se derrama, musita en lentos verdes, en una calma ocre. En la atención asentada, en quietud, percibo intensamente la compañía de los árboles, de las rocas, esta asombrosa existencia. Y me invade una absoluta ignorancia.

Si pudiera elegir una vibración para la eternidad sería la serena alegría de los árboles. El cadencioso ondear de las hojas, el murmullo de cantos y gorjeos, un navegar en calma sobre la hierba. Esta luz invita a no intervenir, a corresponder suavemente, sin ansia. En este mutuo respeto se hace posible la compañía. Me impresiona la enorme atención con que cada árbol respira y trato de hacerlo del mismo modo. Fuera de la inquietud, en un espacio recién abierto, miro.

Una hoja tiembla, tan pequeña y ya longeva. Cabecea unida al viento, ha aprendido a respirar sin ofrecer resistencia. Vibra sujeta a la rama en un ritmo natural que no anticipa ni se defiende de lo que llega. Ser experimentado y cabal, juvenil y resuelto para salir a la intemperie así de desnudo. ¿Qué conozco yo de su existencia, salvo que su verde se parece al mío?

Dentro de la copa la luz se fragmenta iluminando algunas ramas, oscureciendo otras, como si zambullirse en la luz fuese también impregnarse de sombras. El brillo en algunas es una pincelada blanca, un tono que da calor. Reflejo de un sol distante, de una luz que viene desde muy lejos. El blanco ofrece la perspectiva de la distancia en el universo. Nuestra realidad solo es posible en esta lejanía con respecto al foco de luz; eco de un fuego, reverberación que se suma al propio temblor de la hoja. Una enorme distancia vive alojada en las entrañas de la realidad.

Cuando el viento se encrespa las moscas se retraen. Regresan en la calma del aire. Languidece la brisa y solo unas pocas hojas se balancean. Después vuelve, un sopro largo, luego la calma de nuevo. Así se da este movimiento pendular, oscilante; vaivén de un respirar sentido ahora como nunca. Me gustaría morir así, temblando levemente en el fluir, en una pausa suspendida en el aire, unida a la tierra.

La hoja no tiene que buscar la posición correcta, como suya recibe la dirección del viento. Sudor vegetal, delicada forma de no ofrecer resistencia. Nació donde quiso el viento, de nada se arrepiente. Iluminadas por el mediodía las hojas, remos que navegan en la corriente.

A ambos lados de una larga vereda se suceden tierras sembradas y campos en barbecho. El color rojizo de la tierra la hace aparecer aún más fértil. La mies está alta, de un verde tierno; vibran las espigas, inclinada la cebada, más erguido el trigo. Una vida ancha trasparece en la amplitud del valle, concentrada en brotar, diseminada por todas partes. Una energía expansiva, visible en los días largos y luminosos, audible en el creciente gorjeo de los pájaros; una puerta completamente abierta.

Como en la palma de la mano se extienden las líneas de lo sembrado. No representan un futuro definido, una evolución segura. Son tendencias, surcos que acogen una vida que irá cambiando de color, de tamaño, de forma, de textura. Crecerá con fuerza o lo hará con dificultad, podrá agostarse incluso. La propia lectura de los surcos irá variando conforme evolucione la cosecha. Se mirará al cielo pidiendo lluvia, que no hiele o que al menos la tormenta no traiga granizo. Habrá que estar pendiente, mirar con detenimiento, sentir el crecimiento como propio. Quien cuida estos campos lo sabe.

Después de caminar un rato por el campo y por los huertos me he sentado en uno de los bancos que hay en la plaza. Es media tarde, el sol brilla en un azul despejado. Junto a su calor siento el frescor de las últimas lluvias que han empapado la tierra. En esta primavera amable todo crece. Despuntan los racimos en las parras, los pájaros están criando, poniendo huevos. Ahora es cuando más cantan. Algunos vecinos acaban de sembrar las papas que recogerán en verano. Crecen el trigo, las judías, los tomates. Las hojas nuevas nacen pequeñas y encogidas, plegadas, se van abriendo al contacto con el aire como si fuesen alas que el viento moverá. El calor las invita a salir de su madriguera.

Son días largos en los que un sol beneficioso, sosegado, calienta la tierra sin quemarla. Inclino mi cabeza hacia atrás y apoyo la nuca en el respaldo del banco. Respiro profundamente y cierro los ojos. Durante unos segundos solo siento placidez, hasta que de improviso, como venida de otro mundo, empiezo a escuchar la voz inquieta de mi mente: ante un asunto que no he terminado de resolver, planificando mis próximos compromisos, trayendo imágenes más o menos deslavazadas. Sigo notando el sol aquí fuera, detrás de los párpados, pero envuelto ya en un murmullo de fondo que me aleja del entorno. Abro los ojos, tal vez empujado por este zumbido, y reparo en la dificultad que entraña sostener en calma la atención. Sé que necesita apoyarse en algo, que mis sentidos están hechos para eso. Parece el rumor de un insecto que no encuentra lugar donde posarse, tratando de buscar asiento en la compleja realidad y haciéndose inmediatamente audible en cuanto surge el silencio. Desde luego, no quiero hacerle caso, sé que desaparecerá cuando me concentre en algo, en algo que me merezca la pena y a lo que pueda entregarme con verdad. Y cierro otra vez los ojos procurando sostener la atención en el calor.

Durante unos minutos se alternan las sensaciones del calor con pensamientos incompletos pero tenaces: sonrío ante la tozudez de mi mente. Creo que su cantinela aparenta esconder mucho más de lo que en realidad oculta. Solo es una voz en guardia

que repite sus rutinas, pero aun así resulta imposible que el silencio aflore en este sonido farragoso. Respiro despacio y atiendo. Como una marea que va llenando lentamente percibo el calor en la cara y luego, poco a poco, siento cómo inunda mi cuerpo. Es un calor que apacigua y reconforta, un peso y una ligereza al mismo tiempo. Paulatinamente se va desliendo el ruido de fondo. Un golpe de viento empuja las hojas secas en la plaza, abro más las piernas, extendiendo los brazos sobre el respaldo del banco y mantengo los ojos cerrados. Cada vez que se levanta la brisa las hojas caídas caminan, algunas suenan como pisadas, otras son cuerpos que crujen y se arrastran.

Mis ojos se vuelven a abrir. Me gusta que sea así, que se abran y se cierren por sí mismos. No fuerzo nada, ya me voy acostumbrando a este modo de acercarme a la realidad, con humildad y respeto; también conmigo mismo. Sigo oyendo a los pájaros y el fugaz sonido de los vencejos cuando pasan cerca. Ahora que se acrecienta el sentido del oído comprendo que siempre ha estado ahí, aunque en tantas ocasiones sin ser él mismo escuchado. Me descalzo y me quito los calcetines para sentir mejor el suelo de la plaza y su calor. Apoyo las plantas de los pies y lo encuentro tibio. En los árboles las hojas se contonean en un vaivén mínimo, sumergidas en la calma de la tarde. La luz clara, el cielo azul con poquísimas nubes casi traslúcidas. Las cosas ya no están tan fuera, ni yo tan escondido dentro.

Vuelvo a cerrar los ojos. Lo más cálido es el hierro forjado de los brazos del banco. Los tablones de madera que sirven de asiento están más calientes que el respaldo, cortado también de la misma madera. Lo que más tarda en calentarse es el suelo de piedra. Advierto la diferencia de temperatura entre mi cuello y la planta de los pies, y noto también cómo la quietud se va asentando; una unión más consciente con la realidad, otro suelo. Oigo un coche que arranca y se va dando la vuelta a la plaza, pero no lo miro. Me llega la gravedad de dos voces, el intervalo de sus silencios. El calor está ya presente bajo todos estos acontecimientos.

Una de las esquinas de la plaza limita con el verde horizonte de los campos de cultivo. En pocas semanas estarán florecidos el trigo y la cebada, pero hará falta que

cuaje la flor y grane bien, si no el grano quedará muy seco y demasiado fino: "como lengua de pájaro" dicen aquí. Dicen también que la brisa del norte ayuda a granar. Constató lo saludable de abrir mi interior en entornos que lo acogen y que favorecen la escucha; la de fuera en comunión con la de dentro, si es que ambas realidades no son de alguna manera la misma. Salir de la madriguera, de mi azacanada mente, transformar mi actitud ante lo que veo y ante lo que siento; granar como el cereal. Es en silencio donde las palabras que surgen pueden ser escuchadas, suenan con la misma claridad de la tarde; en ellas aprendo a descubrir lo que asoma de lo hondo, lo que atesora algo verídico. Gorjea un gorrión, ruge el motor de una segadora eléctrica varias calles más abajo, cerca de la ermita. Pero no hay ruido dentro, ya no.

Abro y cierro los ojos varias veces, transcurre el tiempo, pasan los minutos dejando que los pensamientos y las sensaciones fluyan sin aferrarme a ellas. Y cada vez que regreso me siento cálidamente sostenido. El calor se asienta en los poros de la piel mientras desciende sobre la tierra. Mi yo alerta ha desaparecido, disuelto en la percepción de este estado vibratorio de la luz. Una lagartija se adormece en una piedra. Sube esta marea que no desborda, queda mansa, arriba, muy arriba; en el corazón y en la cabeza. Rindo la cabeza a la luz, ofrezco una herida en el cuello y noto calor solo en sus bordes. Después, muy poco a poco, voy sintiendo cómo penetra en ella por sus grietas y hendiduras. Ofrezco también mis otras heridas, las que conozco y las que, desconocidas, rezuman aún su frío de caverna. Me adormezco como la lagartija mientras una silenciosa reverberación se adentra en lo profundo de las heridas. Me pregunto si mi cuerpo absorberá el calor a sorbos. ¿Es así como recibo la luz, la realidad?

El sol va calentando la tierra por dentro pacientemente, en un ritmo sostenido, reconfortante. Va deshaciendo el frío que pudiera cobijarse bajo tierra, en las heridas del corazón; haciendo posible la vida, el nacer y el renacer. Brotar parece ahora una hermosa manera de poner en contacto lo de dentro con lo de fuera, permitir el abrirse de las hojas y el vuelo. Como las alas y las hojas, mi ser se despliega en el tono y en el

ritmo en que desea vivir. Desde la quietud puede crecer en confianza, sostenido por una mano hecha de luz y de aire.

Confiado, rindo mi cabeza al calor que ni pesa ni quema. Apenas exige la atención de mis sentidos, los acoge y adormece. Adormeciéndolos los renueva y reconforta. Me renuevo como mudan su piel las culebras que tiran las camisas enteras, hasta la cabeza. Este calor es amparo de lo que nace, sí, de lo que puede ser transformado. Vuelvo a perder la consciencia de los pensamientos y de las sensaciones. Me gustaría seguir creciendo así. Y así lo pido ahora, a la luz posada en la plaza, a la brisa que ayuda a granar. Y también lo pido para el mundo. Poder crecer al calor de esta primavera.

El bosque es el entorno propicio, que ya respira en una pausa mayor que la mía y le insufla aliento. El árbol acoge, mi mente se aquieta en lo impenetrable del verde, en su música silenciosa cualquier otra sobra. El alto rumor de los árboles anuncia una intimidad que no se resume en mí. La personalidad -ese castillo imaginario- se desmorona, llego pronto a la sombra donde cae, donde atisbo su vacío. Un atisbo liberador, imposible de comprender, ilumina tenuemente la fragilidad de cualquier construcción. Silenciarse en esta presencia es liberarse de la codicia rutinaria y excitadora. Un arroyo medita por mí sin necesidad de esforzarme, simplemente unido a su rumor. Me gustaría que sintieses este aliento que ulula entre los árboles, tapizando las laderas, suavizando la mirada; la ligereza con que una lavandera vuela entre los cantos rodados, el reflejo del agua en las ramas de un sauce. Me gustaría que este fuese el aliento que nos llevase, que pudiéramos respirarlo con frecuencia.

Entre la luz más líquida y la sombra más tierna no caben los sucesos, la mirada se posa sin dificultad, más que decir, respira. Canta, quizás, en lo más alto del árbol una canción inaudible. Tantas veces pasamos por encima del silencio del arroyo sin darnos cuenta, sin prestar atención, incluso de camino a lo que consideramos amor. ¿Dónde vamos a conectar con la energía transparente, dónde vamos a aquietarnos si no nos detenemos a la orilla del riachuelo donde nuestra propia vida pasa? Lo que se abre en lo impenetrable sigue unido a lo oculto. La luz toca suavemente las hojas al final de la tarde, apagándose sin hacer ruido, las sombras alargadas confirman suavemente una dirección. Lo que permanece oculto sigue unido a lo que se abre. El lugar propicio para encontrarnos sería la sombra donde caemos, donde tú te pierdes y yo me pierdo. Allí me gustaría andar contigo.

Ya casi duerme la hierba,
la última sombra de la tarde
la recorre
y el son de las hojas se funde
en un solo temblor.
Un silencio llama a otro silencio,
un hondo rumor de atardecer
llena el bosque con su música.
Todo navega en esta corriente,
su espuma deshace sin herir
tanto lodo endurecido.
Flota así más liviano el dolor
en la oscura transparencia
de las ondas verde azules,
en la claridad que aún queda
junto al madurar de la sombra.
Todo danza en quietud,
el corazón y la mansa luz
y un dulce aliento de fronda.

Si en una luz tan imposible
como la del interior de una montaña
los seres que allí viven pueden verse
reflejados en una lámina de agua
tal vez cuando esta luz se apague
habrá otra que ilumine
aún más hondo

Ahora que entras en la casa de tus muertos, sin detenerte en las palabras que se cruzan, abrigado aún en tu recogimiento, sientes que en verdad nada cabe aquí, que todo se desmorona en el santuario de la noche. Escuchas el viento de algún norte, voz de un hogar que es fuera, un fuera más adentro; donde vive la piedra y el árbol aún tiembla. Incrustadas como musgo en la pared brillan algunas imágenes. Querrías quemar esas viejas imágenes encerradas en sus jaulas, dando vueltas inútilmente. Sientes la torpeza en las alas de un ave que no acaba de nacer. Es una sensación extraña, como un náufrago que alcanzase de pronto la orilla mientras oye el ruido de sus pasos dentro de la jaula.

Te gustaría no perturbar con tu ruido el reposo de las cosas, pero llevas dentro una constelación de sentidos. Igual que un niño querría alcanzar las nubes con sus manos, tu mente querría conocer esas cosas nombrándolas, aunque no haya nombre alguno suficiente. Una puerta se abre y da a ella misma cerrada: algo hay de laberinto o de antesala en este espacio donde nada se muestra con especial vigor. Asoman palabras que anidan en la oscuridad, hermosas, tranquilas. Sientes algo más y no anhelas entenderlo; difusa claridad, marea que entra en la oquedad de la roca.

Es posible que sea luz esta ceguera. Tu alma es noche y en su silencio tu corazón late. En la sima del respirar te detienes. El abismo es tan profundo que apenas se puede percibir. Allí se alongan los sentidos, sienten la entreabierto negrura de una quietud que no les pertenece y que al mismo tiempo es lo más íntimo que conocen. Sobreviene el asombro en algún momento de la noche, al escuchar los latidos de tu corazón que podrían detenerse en cualquier momento. Un asombro inmenso y una extrema fragilidad se unen en el cauce de lo oscuro. Y ella no dice nada, su voz tenue como un pequeño manantial. Sientes que ella, la noche, se entrega por completo sin dejar de ser ella misma en nada. Y no sabes si eso sucede realmente fuera de ti o dentro. Porque la noche, su silencio, disuelve las fronteras; porque el silencio, su noche, desborda.

Lo que desborda puede encauzarse en un respirar. Entonces inunda. Transpira la pared una música sin notas parecida al aire, se abisma la niebla, desciende por una pendiente inacabable. Son piedras las estrellas fugaces, caen de los barrancos de la niñez. Es cauce esa vibración donde dentro y fuera confluyen, un otoño blanco la oscuridad donde lo que nace es lo que se deshoja. No te detienes a recoger las hojas, caminas por un sendero que no se puede ver. ¿Dónde hay algo que te oriente más allá de las estrellas? Sólo una profunda ignorancia es la huella. La noche la ilumina en el lecho arenoso de un barranco. Y el mundo entero cabe en ella. Dentro de ti está el barranco, dentro del barranco estás tú. Una vela parpadea en la noche, un corazón encendido.

La oscuridad alumbra el campo aún sin roturar y las ruinas entre las que un niño juega; un tejido de montes y valles en la camiseta del niño. ¿Qué es lo que ahora se arrasa con delicadeza, en un respetuoso abandono? En la orilla donde te dejó la marea percibes la densidad de la lluvia que vendrá y la de la sombra: el peso de su claridad. El fuego del aire nocturno enciende lo que va apagando, el agua turbia se remansa y aclara. Si ahora hablastes, ¿a quién hablarías?, ¿mirarías hacia fuera o hacia dentro? Hasta el naufrago te es desconocido.

Estás en lo irrealizable, en conformidad con lo irrealizable que ofrece su infinita posibilidad. Y no contradices al viento que se oye en la noche. El alma que te sostiene se irá vertiendo poco a poco en el alma de la noche, en la onda que crea un universo y lo sostiene. Eres noche y en ella también dejas de ser. Lo lábil se derrama como claridad de luna, flor abierta cuyo polen es música. Tu corazón abierto es arena, quizás de una orilla; sombra de árbol, a veces canto. Viento que golpea la roca cuando no encuentra el valle, silencio de tantos árboles. ¿Con qué linda esa orilla, bajo qué rama la sombra, qué oído escucharía el canto? Es la noche la que se ofrece, fluye sereno su caudal. Sentado en la orilla, bajo las ramas del gran oscuro oyes su silencio. Siguen cayendo las hojas.

La noche está llena y está vacía. La escuchas aunque te alejes, en ella reclinas tu cabeza cuando vuelves. Recibes sus palabras como propias, sigues viendo a través de ellas la inmensidad. Son palabras entornadas, no definitivas, señalan como las estrellas. Sientes el silencio como una flor que se abriera en la noche, en su luz universal. El aroma de los colores aún flota en tu mente como polen en el aire, pero esta flor no los rechaza, los acoge y los aquieta; también a ese dolor suave, fragante, que mira lo inconmensurable. Allí no hay tiempo, no puede darse, olvidado de sí mismo. En su disolución adviertes la presencia de otra disolución mayor.

La noche es, sin fisuras, ola mansa que empapa la orilla. Y no engendra, sino que transforma. Nada afirma y nada niega, ella, la que no ata. Te parece asombroso que estos sean los lugares que ahora se abren, tan oscuros y desconocidos, que su desnudez abrigue tanto. No podrías aceptarlos ni rechazarlos. Escuchas el rumor fractal del pensamiento pero ya no estás allí, la noche ilumina tenuemente un silencio.